Durante mucho tiempo se tuvo una visión conocida como primitivista sobre la población del norte de España, que sugería una leve romanización del territorio. En los últimos años se ha desechado esta idea ya que gracias a la arqueología hemos podido confirmar la presencia de la civilización romana en la zona.

Tampoco sabemos mucho sobre el dominio musulmán del norte de la península, pero todo apunta a que se trató de un control poco efectivo, permitiendo que los poderes locales mantuvieran su influencia mientras pagaran el tributo correspondiente a los musulmanes. Es uno de estos jefes locales, Pelayo, quien entre el 718-722 se enfrentará en Covadonga contra los invasores, posiblemente por negarse a pagar dicho tributo. Esto serviría para establecer un poder autónomo que con el tiempo iría cogiendo forma hasta convertirse en reino. Su capital sería Cangas de Onís.

De momento debe entenderse como una jefatura, la cual iría ampliando sus espacios de poder, primeramente, de la forma más típica, mediante alianzas matrimoniales. Así, la hija de Pelayo se casó con Alfonso I, hijo de Pedro, dux de los cántabros. En esos años ocurre la revuelta bereber, que tras su aplastamiento dejara grandes espacios de la península sin control militar. Es así como Alfonso I conseguirá expandir su influencia por la meseta del Duero. También ampliará sus lazos hacia Galicia, donde en alguna ocasión deberá hacer uso de las armas. Así bien se trata de un proceso de coalescencia que darán como resultado la formación de un pequeño reino que seguramente reconocería la supremacía del poder andalusí.

Con la llegada de los musulmanes el Reino de Toledo se fragmentó. En ocasiones los conquistadores prefirieron pactar con los poderes locales para asegurar unas estructuras políticas ya existentes. Es el caso del noroeste peninsular, donde la presencia de ricos potentes permitió unos pactos tributarios con los conquistadores. Con la revuelta bereber y el abandono del territorio, estos poderes locales afianzaron aún más su posición, por lo que el recién formado Reino de Asturias tuviese en ocasiones que usar las armas para asegurar su control. Algo parecido ocurre en la meseta del Duero, pero con la particularidad de que no existían grandes terratenientes, si no pequeños señores locales que poseían centros fortificados, castros (alfoces en Castilla o Commissos en Galicia), que controlaban tierras comunales de uso agropecuario. La ausencia de un poder central no impidió que la región siguiese activa, pero facilito su inserción dentro del entramado político asturiano.

En el noreste peninsular la situación fue diferente. Al ser una región más poblada y civilizada, los musulmanes la invadieron al completo. De igual manera que en el resto de la península, no fue necesario el uso de las armas, pues los pactos con los poderes locales les facilitaban la integración de las estructuras políticas. Es el caso de un tal conde Casio, que tras su islamización pasaría a ser conocido como Banu Qasi, siendo una de las familias muladíes más importantes. Ciudades como Barcelona, Zaragoza y Pamplona quedaron dentro de la marca superior andalusí, que llegaba hasta el valle del Ebro. Las zonas montañosas de los pirineos quedaron marginadas, ya que al tratarse de zonas de difícil acceso y poca riqueza, los conquistadores no les prestaron mucha atención.

En el 720 el noreste peninsular estaba bajo dominio musulmán. Los invasores siguieron hacia el norte, pero fueron frenados por Carlos Martel, mayordomo de palacio de los merovingios, en la batalla de Poitiers. A partir de entonces los reyes francos trataran de crear un espacio seguro entre el sur de su reino y la zona de influencia musulmana. Esto se intensificará con la llegada al poder de Carlomagno, de la dinastía de los carolingios. La conquista de Barcelona por Luis el Piadoso en el 801 y la derrota de los Banu Qasi en Pamplona en el 799, con la llegada al poder de la familia Velasco, supuso la implantación de una frontera religiosa, conocida como Marca Hispánica, donde los territorios de influencia cristiana ejercieron una política profranca.

Durante las últimas décadas del siglo pasado la corriente antinacionalista trato de desmentir esta idea de un pueblo hispano concienciado en su lucha contra el invasor musulmán. Para ello, hicieron hincapié en la escasa romanización del mundo rural, donde todavía pervivían organizaciones tribales de tipo gentilicio. La realidad es más compleja, puesto que la arqueología demuestra una conexión entre los valles y las zonas montañosas, permitiendo una asimilación de la cultura romana, que tal vez donde más se plasmaría es en la presencia de parroquias, que servirían como unificador de los distintos poblados. Seguramente la jerarquía social sería muy simple, donde los jefes de las aldeas tendrían un mayor control, pero las tierras serian de uso comunal y las diferencias económicas serian nulas o escasas.

Mas simple es rastrear las huellas de las elites, si bien estaríamos hablando de elites regionales, que necesitarían del apoyo de las elites locales para ejercer cierto dominio. Este control lo legitimarían

mediante la construcción de iglesias y parroquias y lo afianzarían mediante la creación de espacios de poder, como castillos o edificios fortificados desde donde imponer el orden.

En cuanto a la iglesia, la irrupción de un poder externo debilito las estructuras episcopales lo que supuso un descenso del poder de los obispos. En cambio, aumento la importancia del cristianismo rural, con un aumento de los monasterios. En su mayoría eran construcciones promovidas por los notables que de un lado conseguían una legitimación de cara a su pueblo y por otro obtenían el control de un territorio, ya que al mando del monasterio quedaba un abad, normalmente de la familia del potente que había financiado la construcción.

Lo más importante durante este siglo fue la ruptura con la iglesia de Toledo a causa del adopcionismo, una postura que sugería una naturaleza más humana para Cristo. La réplica por parte de Beato de Liébana supuso la ruptura definitiva con la iglesia de Toledo, la cual se consideraba que estaba demasiado mancillada por sus relaciones con el mundo islámico.